

Presentación

En el XIX Congreso Mundial de Filosofía, que tuvo lugar en Moscú del 22 al 28 de agosto, ante más de mil filósofos de todo el mundo, una pensadora rusa se atrevió a afirmar: «Lo más importante que existe no son las ideas, ni las instituciones sociales y políticas. Lo único definitivamente importante son los individuos humanos, por ser lo único que posee un futuro eterno». Pronunciadas estas palabras en la capital de la Unión Soviética, recién desaparecida, donde se sacrificaron varias generaciones de individuos humanos en nombre de la utopía comunista, de sus ideas e instituciones, sonaban dramáticas y sorprendentes. Por ellas sangraban las heridas de millones de rusos, ucranianos, etc. que, después de varias décadas de adoctrinamiento o entusiasmo marxista-leninista, están mordiendo la amargura del desencanto.

No se puede negar sensatamente al individuo humano una intervención creadora en los centros neurálgicos de la historia. Nadie puede predecir con seguridad absoluta el futuro humano. Nuestra libertad, por modesta que sea, nos convierte en surtidores de novedades inesperadas. Quizá nunca como ahora se ha tenido conciencia tan clara de esta realidad.

La actual situación histórica nos impulsa, por esto, con especial urgencia, a reflexionar sobre el problema del individualismo. ¿Cómo se ha pensado y se piensa al individuo humano? ¿Resulta insuperable el individualismo como propuesta ética? ¿Conviene que el moralismo doloroso de las tradiciones religiosas y kantianas sea sustituido por la ética indolora del neoindividualismo postmoderno, triunfante en nuestras sociedades democráticas? ¿Es posible derrotar al individualismo insolidario? John Dewey, Adela Cortina y César Moreno Márquez despliegan distintos planteamientos y alternativas en el sentido de un humanismo más o menos individualista o superador del individualismo postmoderno.

Max Ernst, en 1960, pintó un bello cuadro con el subtítulo: «Cuando duerme la razón, cantan las sirenas». Los artículos de Ramón Queraltó Moreno, de Angel Casado y de José Luis Suárez nos invitan a ejercitar nuestra razón desde las fronteras de la metafísica hasta las regiones de lo lúdico.

Recordemos que uno de los principales objetivos de nuestra revista filosófica es el de ser un eficaz despertador de la razón. Pero de una razón flexible, amplia, abierta a la comunicación interpersonal y a las sorpresas de lo Indecible. Pues el peor sueño en que puede caer nuestra razón es el de encerrarnos en las fronteras de su autosuficiencia. Entonces ella misma se convierte en la más taimada o peligrosa sirena.